

Del instituto a la universidad

Antonio FERNÁNDEZ GARCÍA

Universidad Complutense de Madrid

Para rememorar la época académica en la que Javier Tusell accedió a la cátedra de Universidad he elegido un argumento en el que se relacionan dos niveles académicos, relación que la transformación posterior del escalafón de la Universidad ha ido difuminando. Por este motivo quizás termine por olvidarse que las cátedras de los Institutos de Enseñanza Media constituyeron durante muchos lustros, y seguían constituyendo a mediados de los años setenta, una de las canteras de la enseñanza universitaria. Los catedráticos de Universidad ocupaban el único cuerpo docente de enseñanza superior, puesto que los adjuntos firmaban un contrato por tiempo limitado y estaban adscritos a una cátedra concreta, o, por mejor decir, a un catedrático con nombre y apellidos. Cada catedrático disponía —en el sentido literal del verbo— de un adjunto que le suplía en ausencias o le ayudaba en asuntos concretos, aunque en pocos casos se responsabilizaba de la docencia de un grupo en una Facultad. Se correspondía esta estructura mínima con una universidad menos masificada, que organizaba la docencia con un elenco de disciplinas y un censo de alumnos bastante limitado. Media docena de catedráticos o adjuntos o contratados eran suficientes para impartir las asignaturas de un ciclo de una carrera. Tuve la enorme suerte de que en el último curso, en el que se elegía la Tesina y se pensaba ya en un tema de investigación o, como mejor salida laboral, en preparar oposiciones a Instituto, me encontré con un grupo excepcional de maestros: Jesús Pabón en «Historia Universal Contemporánea», Vicente Palacio Atard en «Historia de España Contemporánea», Ciriaco Bustamante —teóricamente, porque quien se encargó de la docencia fue Miguel Artola— en «Historia Moderna Universal», José Cepeda Adán en «Historia Moderna de España», Carmelo Viñas en «Historia de América» y Diego Angulo en «Historia del Arte». Bien merecían el nombre de maestros todos ellos, aunque mi director de Tesina y Tesis, y la personalidad científica que decidiría mi vida de profesor, fue Vicente Palacio, a quien siempre he llamado y considerado maestro.

En este esquema educativo los catedráticos de Instituto representaban el segundo cuerpo docente. En su historia comparecen muchas figuras de la ciencia y las letras españolas. Baste recordar en literatura a Antonio Machado o a Gerardo Diego. El autor del soneto al ciprés de Silos era en esa época todavía catedrático en activo en el Instituto Beatriz Galindo, donde la cátedra de Geografía e Historia era desempeñada por otro gran maestro, Antonio Domínguez Ortiz. Bastantes de ellos pasaron de su estrado en un Instituto a ejercer cátedra en un aula universitaria. Cuando dio este paso Antonio Rumeu de

Armas, dejando vacante la cátedra de Geografía e Historia del Instituto Lope de Vega de Madrid, conseguí, tras la oposición inevitable —porque a Madrid era imposible llegar por concurso de traslado— ser su sucesor. En ese Instituto, en una época dorada, según recuerdan alumnas que hoy ejercen docencia en la Facultad de Historia de la Complutense o en otros lugares, figuraban en el claustro varios profesores que compatibilizaban la enseñanza en el Centro y en la Facultad, casos de Juan Zaragoza en Griego o de Antonio Rodríguez Sanjuan en Matemáticas, grupo en el que me integré cuando me fueron encargados cursos de «Historia Universal» en Comunes, y más tarde de «Historia Contemporánea» para tercer curso, y de «Historia social de la España Contemporánea» para alumnos de Filología.

Movidos por incorporar a la didáctica de la Historia los avances en la investigación, los jefes de Seminario de los Institutos madrileños organizaron un grupo de trabajo, en el que figuraban Antonio Domínguez Ortiz —una de las más lamentables ausencias de una universidad que cerró gremialmente sus puertas a un científico de renombre internacional—, Navarro Latorre, Elena Gómez Moreno, Fernando Jiménez de Gregorio, Adela Gil, todos con un notable curriculum investigador. Las reuniones periódicas se convirtieron en el mayor estímulo para todos, además de forjar relaciones personales de amistad entre profesionales unidos por una vocación compartida. Conviene reconocer que los vínculos entre la enseñanza media y la universitaria no representaban una novedad sino la persistencia del principio de la unidad de la tarea educativa que había inspirado al Instituto Escuela.

Quienes, asumiendo unos horarios agobiantes, combinábamos esta experiencia de enseñar en dos niveles, fuimos notarios de una diferencia no desdeñable entre ellos, pues mientras en los Institutos se impartía la docencia con total libertad, sin interferencia alguna, en las Facultades, a lo largo de los años postreros del franquismo, se ejercía la enseñanza bajo una vigilancia incómoda. Adivinándose el cuarteamiento del régimen, las movilizaciones estudiantiles se intensificaban. Y para frenarlas, patrullas de policías armados, los «grises», se situaban en los alrededores de las Facultades, recorrían sus pasillos, se aposentaban en las conserjerías e incluso interrumpían las clases, al asomarse, no se sabe muy bien con qué fin, a lanzar una ojeada rápida desde la puerta. Alguna anécdota, real, puede dar idea de la atmósfera del momento. Una alumna salió un día de la Facultad de Biológicas, ante la que estaba desplegado un retén de policías con sus cascos, viseras, porras y demás aparato, y, mirando hacia un cielo encapotado que amenazaba lluvia, exclamó con total inconsciencia; «¡Huy! ¡Qué gris está esto!». Inmediatamente se percató del doble sentido de su frase, cuando se encontró con varios pares de miradas severas, dirigidas desde debajo de las viseras correspondientes. En las clases, un policía secreto o algún informante tomaba nota de los contenidos de las explicaciones. Un compañero, Javier Donézar, actualmente catedrático en la Autónoma, impartió un día un tema sobre el que estaba investigando, «La Desamortización». Poco después, cuando iba a abandonar el edificio, un sargento de la policía instalado en la conserjería le llamó y amonestó, porque había hablado de la venta de las propiedades de la Iglesia.

Nervioso, aunque con calma, le explicó que hablaba del siglo XIX. Respuesta: «Pues aunque sea el siglo XIX. ¡Mucho ojo!». Afectaba también este control a la investigación. Formando parte del equipo que dirigía Vicente Palacio para editar los «Cuadernos de la Guerra de España», solicité en la Biblioteca Nacional varios libros que debía comentar, solo para encontrarme con una serie de funcionarios asustados, que se pasaban la pelota de uno a otro, hasta que llegó un responsable, que me lo permitió tras un interrogatorio y acompañándolo de advertencias de prudencia con tono paternal.

A pesar de este horario doblado, bastantes catedráticos de Instituto fuimos capaces de hacer la tesis doctoral. Y cuando se convocaron oposiciones a agregación —la misma que se exigía para cátedra, a la que se accedía por traslado en un segundo paso— intentamos el salto a la Universidad, en la que podíamos proyectar y continuar la tarea investigadora. En 1975 se resolvió una vacante de «Historia Contemporánea» en la Facultad de Historia de la Universidad de Madrid. Fue la primera oposición de Javier. Era un trámite duro, que revelaba la preparación y múltiples facetas de la personalidad científica del opositor a través de sus seis ejercicios: *curriculum*, memoria, lección magistral, «encerrona» (así llamada porque durante horas de preparación el opositor, incomunicado, podía pedir libros para dar altura a una lección del programa presentado, elegida por el tribunal), prácticos, y desarrollo escrito de dos temas de un temario que habitualmente publicaba el tribunal en el inicio de la realización del ejercicio. A esa oposición nos presentamos Ricardo de la Cierva, José Andrés Gallego, el firmante de estas líneas, Javier Tusell y Rafael Sánchez Mantero. De los cinco, los tres primeros, catedráticos de Instituto, proporción que ilustra sobre lo frecuentado de la senda que comunicaba Instituto y Universidad. Fue una oposición bastante especial, que multiplicó la atención que merecían convocatorias de esta índole. Habitualmente los opositores reclutaban una pequeña claque entre amigos y parentela, para no tener que enfrentarse en un espacio arquitectónico vacío a los cinco jueces que decidían su futuro inmediato. En esta ocasión, debido a la personalidad de Ricardo de la Cierva, todos los ejercicios fueron seguidos por un auditorio de asistentes bastante nutrido y sus avatares se reflejaban en la prensa, convirtiendo una competición científica en una página de ecos de sociedad. Ganó la plaza Ricardo, pero recuerdo que Javier presentó una obra asombrosa, teniendo en cuenta su juventud, y dejó en todos la impresión de un gran historiador en su primera etapa de trabajo.

Los cuatro candidatos no laureados accedimos a la cátedra los dos años siguientes, como si en ese primer intento hubiéramos quedado en lista de espera. Con todo merecimiento Javier ganó la primera plaza convocada, sólo unos pocos meses después, antes del verano del mismo año 75.

En abril de 1976 se celebraron oposiciones para cubrir sendas plazas en las Universidades de Valladolid y Santiago de Compostela, a la que concurrimos siete candidatos, puesto que de una larga lista de firmantes realizaron conmigo todos los ejercicios Julio Aróstegui, José Urbano Martínez Carreras, Gustavo Palomares, Luis Álvarez Gutiérrez, Enrique Martínez Ruiz y Víctor Morales Lezcano. De los siete, nuevamente tres ocupábamos cátedras de Instituto, pues

yo todavía desempeñaba esa función en el Lope de Vega —además de participar en la fundación del INBAD (Instituto de Bachillerato a Distancia) y en su Seminario de Geografía e Historia—, Julio Aróstegui en Salamanca y Martínez Carreras en el Instituto Pardo Bazán de Madrid. Habiendo obtenido el número uno solicité la plaza de Valladolid, y Palomares con el dos la de Santiago. Conviene anotar aquí un pequeño inciso. Porque en una profesión donde con frecuencia nacen, como en todos los grupos, rivalidades personales o se hace camino no al andar, como creía Machado, sino con golpes de codo, en el colectivo de contemporaneístas predominaba una cordialidad a prueba de oposiciones, que es la circunstancia en la que suelen fraguarse enemistades vitalicias. Se iba a Santiago un vallisoletano y se quedaba en Valladolid un gallego, que se sintió obligado a dar alguna explicación a la Facultad compostelana, en la que había iniciado su carrera de Historia. Con elegancia exquisita, Palomares comprendió mi situación familiar, casado, con un hijo y esperando otro, amén de datos que huelgan en este momento, situación que me aconsejaba optar por la Universidad más próxima, para compatibilizar el ejercicio funcional con las obligaciones del hogar. Y en Valladolid el gallego intruso recibió amistad, y compañía, hasta el punto de que un único curso de estancia, pues al siguiente retorné a mi Facultad madrileña, dejó una huella imborrable en mi recuerdo y afectos que han permanecido encendidos a lo largo de los años. Me tranquilizó saber que Jesús María Palomares recibía el mismo trato en el recinto granítico de mi recordada Facultad compostelana. Este capítulo, personal, que en poco ilumina la situación de la Universidad en esos meses iniciales del postfranquismo, me sirve de ejemplo para testificar que no todo era rivalidad en las filas de los profesores universitarios, ni siquiera entre los candidatos a recibir esta acreditación, sino que en muchas áreas, entre ellas la de Historia Contemporánea, después de la «olimpiada» permanecía un sentimiento solidario y de amistad, del que se podían preciar los especialistas.

«La amistad es una areté, una virtud. Y es lo más necesario para la vida. Porque sin amigos nadie querría vivir aunque poseyera todos los bienes», escribió Aristóteles. En una época en que no existían los proyectos de investigación financiados, y que, en el campo de las letras, apenas eran conocidos los grupos de trabajo, la amistad entre colegas, incluso entre quienes habían competido en el certamen de las oposiciones, representaba además de una virtud moral un valor profesional, en la medida que las relaciones personales facilitaban en ocasiones la información para localizar fuentes o acceder a bibliografía poco conocida. Porque resulta difícil hacerse idea en la actualidad de las dificultades que representaba hacia 1975 la investigación en Historia Contemporánea de España. No se podían comercializar bastantes libros —semiprohibidos—, entre ellos gran parte del fondo editorial del «Ruedo Ibérico», incluido el libro de Hugh Thomas sobre la guerra civil española y la serie completa de «Cuadernos del Ruedo Ibérico», lo que dificultaba el primer paso de una investigación, la elaboración del estado de la cuestión. No se facilitaban tampoco en las bibliotecas, ni siquiera en la Nacional, como hemos apuntado. No eran accesibles los fondos archivísticos, aunque Javier Tusell siempre demostró una pericia envidiable para la apertura de

archivos familiares. En esa circunstancia, en que la investigación avanzaba por medio del esfuerzo individual y sin soporte financiero, las relaciones personales entre colegas constituían un bien inapreciable, casi una partida contable en la práctica investigadora.

Bastantes catedráticos de Instituto accedieron a la cátedra de Universidad por esos años en diferentes materias. En Literatura ese fue el camino recorrido por José Manuel Blecua y Alberto Blecua, y por Víctor García de la Concha, hoy presidente de la Real Academia Española, compañero mío de claustro durante un curso, lo mismo que Alberto Blecua. Recordemos en Historia Medieval a Julio Valdeón —hoy académico de la Historia— y a Emilio Mitre. Por lo que a Historia Contemporánea respecta, en una oposición anterior a la mía lo había conseguido José Andrés Gallego, y a continuación Albert Balcells, lo mismo que algún tiempo antes Juan José Carreras Ares había accedido a la de Zaragoza. Y en los años siguientes cruzó este puente Julio Aróstegui, quien ganó una agregación como primer peldaño de la cátedra, y Martínez Carreras la titularidad en la Complutense. Este camino podía parecer el más largo, pero fue el seguido por muchos. Sin duda tenía algunos inconvenientes. Los extenuantes horarios de trabajo retrasaban la elaboración de la Tesis Doctoral y disminuían el bagaje de publicaciones con que se presentaba el candidato a cátedra. O dicho de otro modo, llegaba a la meta, en el caso de llegar, con algunos años más. Pero también, en una Universidad menos compartimentada en áreas muy especializadas, algunas ventajas. La principal, una formación pluridisciplinar. Porque el catedrático de Instituto no podía circunscribirse a saber Historia Antigua o Historia Contemporánea o Geografía Humana, sino que debía garantizar un conocimiento suficiente de todas las edades de la Historia, las especialidades de la Geografía y la Historia del Arte. Poseía una visión más integral de la aventura humana, y guardaba entre los bártulos de su oficio métodos de análisis tanto de diapositivas de Geografía como de obras artísticas, fueran creaciones arquitectónicas, escultóricas o pictóricas. En los prácticos de las oposiciones habrían de comentarse diagramas del relieve, documentos históricos de cualquier época y diapositivas de obras de arte. Antes de la creación de la especialidad de Arte, entre los catedráticos de Instituto figuraban verdaderos expertos en esta disciplina, prestigiosa en España a partir de la obra de uno de sus máximos pioneros, a principios del siglo XX, D. Manuel Bartolomé Cossío. Figurando en los planes de estudios del Bachillerato una disciplina de Historia del Arte, la preparación de la carrera y la de oposiciones se actualizaba en la práctica del ejercicio docente cada curso académico. A los catedráticos de Historia, y por tanto de Arte, correspondía organizar visitas a museos y preparar viajes de estudios al extranjero, a ciudades y países que son museos vivos, práctica que rememoraba, tras años de autarquía también en el campo del conocimiento, las iniciativas postuladas a principios del novecientos por la Junta de Ampliación de Estudios.

La apertura a otros campos permitía un conocimiento adecuado de la Filosofía y la Historia de la Literatura, dos campos de gran proyección en la docencia universitaria de la Historia. He señalado antes que mi bautismo en la Facultad se produjo en una disciplina denominada «Historia social de la España

Contemporánea», impartida a alumnos de Filología. Se trataba en ella de relacionar la creación literaria con su época, porque siempre el escritor, incluso en los géneros aparentemente más desconectados de la realidad, como la poesía mística, es hijo de su tiempo y se impregna de sus valores, cuando no consagra su obra precisamente a retratar la sociedad en que vive. Naturalmente, también profesores sin experiencia en la enseñanza media —asumió años después Vicente Cacho el encargo de esta disciplina a caballo entre la literatura y la historia— podían impartir este tipo de asignaturas, que luego, en la jerga que se introdujo para oscurecer lo claro, pasaron a denominarse transversales. Aunque por supuesto la palma en el campeonato de complicación expresiva se lo hayan ganado las asignaturas denominadas «residuales», que ni se relacionan con el detritus ni desprenden olor cuando se explican en clase.

Acéptese esta pequeña broma para reivindicar otra cualidad de los profesores de enseñanza media que pasaron a la Universidad: la claridad. Habitados a impartir docencia a alumnos muy jóvenes y que en muchos casos carecían de una base de conocimientos de la que partir, mantuvieron ese ideal de la claridad en la enseñanza universitaria. La claridad es la cualidad más ensalzada por Descartes en su obra «Reglas para la dirección de la mente». Y se sitúa en un puesto destacado en una jerarquía de valores en cualquier actividad educativa. Orden, claridad. Ha de reivindicarse porque a veces se entiende lo oscuro como sinónimo de profundo o de científico. Quizás con ironía lo decía Eugenio D'Ors. Después de dictar un párrafo a su secretaria y pedirle que lo leyera, le preguntaba: «¿Se entiende?» Y si su secretaria le decía que se entendía, concluía: «Pues oscurézcalo».

He comentado en este escrito de homenaje y recuerdo a Javier Tusell una vía bastante frecuentada de acceso a la cátedra universitaria. Pero no fue la que Javier siguió. Parafraseando las dos vías constitucionales de aprobación de un estatuto de autonomía, diríamos que Javier utilizó la vía rápida. Sin embargo alguna afinidad ha presentado su personalidad con la de los que siguieron la vía lenta. Porque nada más lejos de la personalidad de Javier que la del especialista que dedica su vida a un único tema, en el que termina por ser autoridad indiscutible. Javier fue antes que un especialista un humanista. En sus investigaciones abarcó desde el caciquismo andaluz, un tema social de análisis de oligarquías, que posteriormente ha recibido tanta atención, hasta la personalidad del rey Juan Carlos, en la que asumió los cambios experimentados por la biografía histórica en los últimos lustros. El siglo XX español, contemplado desde diferentes atalayas, fue escrutado científicamente por este infatigable investigador. En su curiosidad plural encontramos una concordancia con los catedráticos de vía lenta, pero hay otra más interesante. Porque nuestro recordado amigo y colega exhibió en todo momento una claridad de estilo que transparentaba lucidez intelectual. Y en su intensa biografía aparece algún episodio que señala una amplitud de miras inusual en la universidad española. En su primera oposición, entre bastantes volúmenes de investigación incluyó algún manual de nivel no universitario, en una época en que se consideraba una pérdida de tiempo este tipo de obras, a diferencia de Francia, donde bastantes grandes maestros consideraron un deber ejercer

tal forma de enseñanza, que se dirige a un aula global. En los años en que dirigió cursos de verano de la Universidad Menéndez Pelayo en Santander, introdujo el primer seminario dirigido a catedráticos de Instituto. En éste y en otros me invitó a participar, y recuerdo cómo se recibió la idea de este alumnado tan especial como algo sorprendente.

Por último recordemos la importancia que concedió a la Historia del Arte. Su nombre ha quedado indeleble en el registro de defensores del patrimonio español por sus gestiones en la recuperación del «Guernica», en las que desempeñó un papel la pericia del historiador en la búsqueda de los documentos que avalaban la reclamación. Pero otras contribuciones son menos conocidas. Tal ocurre con el estudio de la escuela pictórica madrileña del siglo XX, donde ensambló de forma inteligente la documentación de archivo con el análisis de los valores artísticos. En su atención al presente, donde se asomó a otra cátedra, la de los debates radiofónicos, en su caso en la SER, empleaba los recursos del periodista, el sociólogo, el economista a veces, y desde luego los del historiador, que le permitían singularizarse en el discurso de los contertulios. Un historiador de obra tan vasta, de curiosidad tan universal, de métodos depurados y de lenguaje claro y burilado configuraba un modelo de humanista, una personalidad que ha dejado una huella en su campo científico. Para pulsar una última tecla del tema que hemos elegido recordemos que también trazaron una estela personalidades de experiencia docente en el Instituto y la Universidad, como Manuel de Terán o Rafael Lapesa, quienes merecieron con justicia la credencial de sabios.